GONZALO JOVER
Y
EMILIO G. DEL CASTILLO

FENISA LA COMEDIANTA

ZARZUELA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1908

Al simpático y inteligente maestro compositor Vicente Mariano Espinosa que en esta obra y sus elementos para una muestra de su rapidísima afectuosamente.

Los autores.

FENISA LA COMEDIANTA

FENISA LA COMEDIANTA

ZARZUELA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

INSPIRADA EN UN CUENTO FRANCÉS

ESCRITA EN VERSO POR

GONZALO JOVER y EMILIO G. DEL CASTILLO

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA

Estrenada en el teatro MARTÍN de Madrid en la noche del 16 de Marzo de 1908.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1908

A la aplaudida primera tiple

Eulalia Ulliverri

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Fenisa, *comedianta*................	Srta. Uliverri.
Enriqueta, *mujer de Alfredo*.......	Sra. Galindo.
Ernesto, *cómico, marido de Fenisa*..	Sr. Camacho.
Conde de Monteverde, *corregidor*.	» Carrasco.
Alfredo, *patriota*.................	» Uliverri.
Almendro, *posadero*..............	» Porta.
El Barón de Campo Real......	» G. del Toro.
Un Alguacil....................	» Delgado.

Damas, caballeros, alguaciles, oficiales, etc.

La acción en Málaga y sus cercanías.

Época de la segunda invasión francesa
llamada de los Cien mil hijos de San Luis, 1823.
Lados del actor.

NOTA.—Las decoraciones de esta obra han sido construídas por los escenógrafos Sres. Gayo y Xaudaró.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Posada en las inmediaciones de Málaga. Al foro, portalón de entrada por el que se ve la carretera. A derecha é izquierda, primer término, puertas á los cuartos interiores. A la derecha, segundo término, escalera que conduce al granero. En el suelo, trampa para bajar á la bodega. Es de día.

ESCENA I

ALMENDRO, con gorro y mandil, dirigiéndose á los que se suponen tras de la primera izquierda.

¡Vamos! De prisa, que es tarde;
sin pérdida de momento
preparad lo necesario
al servicio de viajeros
que nos honren visitando
mi gran establecimiento.
¡Sacad hilas, vendas, árnica!
¡Pronto! que el coche correo
está ya para volcar
y no hay que perder el tiempo.

(Mientras ALMENDRO dice lo anterior se han asomado á la puerta del foro FENISA y ERNESTO, la primera de *manola* con manto, que se quita al entrar, y el segundo de comediante, dando señales de gran agitación. Cuando ALMENDRO deja la

puerta del lateral y baja al centro de la escena entran, colocándose de rodillas cada uno á un lado de él. El posadero, sorprendido, mira á uno y otro lado alternativamente.)

ESCENA II

FENISA, ALMENDRO, ERNESTO.

Música.

ERN. ¡Socorro!
FENISA. ¡Clemencia!
ERN. ¡Amparo!
FENISA. ¡Favor!
ALMEN. ¡Demonio! ¿Qué es esto?
¡Jesús, qué achuchón!
FENISA. ¡Amparo!
ERN. ¡Socorro!
FENISA. ¡Piedad!
ERN. ¡Protección!
ALMEN. ¡Jinojo! ¡Hablen claro
ó vayan con Dios!
FENISA. ¡Almendro, clemencia!
ERN. ¡Almendro, piedad!
ALMEN. O callan ustedes
ó voy á estallar.
ER. Y FE. Somos dos pobres seres
inofensivos
á quienes la desgracia
trae fugitivos.
Los guardias, nuestros pasos
con furia acechan;
si en sus manos caemos
nos escabechan.
¡Ay, señor, si me atrapan,
pobre de mí!
El pedazo más grande que dejen
va á ser... ¡así! (Señala el dedo meñique.)
ALMEN. ¡Caracoles, señores!
¡Largo de aquí!
Si ayudarles pretendo y me pescan,
¡pobre de mí!

FE. Y ER. El pedazo más grande que dejen
va á ser... ¡así!
ALMEN. ¡Pobre de mí!
FENISA. Así.
ERN. Así.
FENISA. Así.
ERN. Así.

ALMENDRO.
Si yo os llego á esconder,
horrible situación.
No sé... no sé... no sé...
no sé decir que no.
Si me atrapan y creen que soy cómplice,
¡ay pobre de mí!
El pedazo más grande que dejen
va á ser... ¡así!

ERNESTO Y FENISA.
Escóndanos usted,
Almendro, por favor.
Por Dios, tenga piedad
y tenga compasión.
Mire usted que si nos descubriesen,
¡ay pobre de mí!
El pedazo más grande que dejen
va á ser... ¡así!

FENISA. ¡Así, así, así!
ER. Y AL ¡Pobre de mí!
FENISA. ERN. ALMEN. ¡Así!
FENISA. Ande usted, (Casi hablado.)
ERN. Por favor.
ALMEN. ¿Yo acceder?
LOS DOS. Hágalo, por favor.
ÉL. No señor, no señor.

Hablado.

FENISA. ¡Gracias, corazón magnánimo!
ERN. Ya sabía yo que el tiempo
no cambió la buena pasta
de este honrado pastelero.
ALMEN. ¿Luego ustedes me conocen?
ERN. (A Fenisa.) Fenisa, ¿pero oyes esto?
¡Que si le conozco, dice!

¡Que si le conozco! (Riendo.)

ALMEN. Pero...

ERN. ¿Crees que hay nadie que se olvide
de ti, mi querido Almendro?

ALMEN. (Aparte.) ¡Hombre! ¡Viva la franqueza!
¡Me habla de tú!

ERN. Chica, es nuestro. (Aparte á Fenisa.)

ALMEN. Pero ¿quiénes son ustedes?

ERN. ¡No se acuerda!
(Con grandes muestras de regocijo.)

FENISA. ¡Yo me muero
de risa! (Idem.)

ALMEN. (Aparte.) ¡Qué se me burlan
en mis barbas ya sospecho!

ERN. ¿Digo quiénes somos? (Juego anterior.)

FENISA. ¡Díselo!

ALMEN. No; si ya lo sé (dos frescos).

ERN. ¿Conque recuerdas al cabo?

ALMEN. ¿Recordar?...

ERN. Yo soy Ernesto.

FENISA. Yo Fenisa.

ERN. ¿Y ahora? ¿Y ahora?

ALMEN. Pues ahora lo entiendo menos.

ERN. Yo dejé mi profesión
y soy cómico.

ALMEN. ¡Soberbio!

ERN. Después me casé.

ALMEN. ¡Magnífico!

ERN. Esta es mi esposa.

ALMEN. Celebro
conocerla.

FENISA. Servidora.

ALMEN. Tanto gusto.

FENISA. El gusto es nuestro.

ALMEN. (Aparte.) (Lo supongo.)

ERN. Tan felices
y tan... A ti ya te veo...

ALMEN. Sí... ya me ves. Aquí siempre
viendo de vivir y viendo...
tu desahogo. (Aparte.)

ERN. ¿Pero no haces
ya pasteles?

ALMEN. No; iba aquello

muy mal y cerré la tienda
y abrí esta posada.

ERN. Pienso
que debe darte muy poco.
Como está á un paso del pueblo,
nadie ha de pararse aquí
para comer.

ALMEN. En efecto;
pegada está á la muralla
y á diez pasos, y exagero,
del gran palacio que habita
nuestro corregidor nuevo.

FENISA. Entonces...

ALMEN. Uno se ingenia...
Como todo tiene arreglo,
yo me casé con la hermana
del mayoral del correo,
con la condición precisa
de proporcionarme un vuelco
diario de la diligencia.
Y... es natural, los viajeros
no piden nunca comida,
pero piden...

ERN. ¿Vendas?

ALMEN. ¡Eso!
Y entre vendas, hilas y árnica
yo les saco su dinero.

ERN. ¡Invención maravillosa!

FENISA. ¡Qué portentoso talento!
Bueno es saber la costumbre
para apearnos á tiempo.

ERN. ¿Más apeados? Venimos
de Sevilla á pie

FENISA. Yo tengo
deshechos los pies.

ERN. Y yo.

FENISA. ¡Qué de sustos!

ERN. ¡Qué de miedos!

ALMEN. ¿Pero cuál es el motivo
de que huyáis?

ERN. Vas á saberlo.
(Con entonación pomposa y cómicamente.)
Corríamos en triunfo España entera.

Yo soy actor, Fenisa comedianta,
y teatro en donde ésta apareciera
era una mina de oro, porque canta
Fenisa como cante la primera.

—

Yo soy, lo he de decir modestia á un lado,
un cómico gracioso como pocos;
ésta al público tiene entusiasmado,
y al escucharla se volvían locos
el patio, la cazuela y el tablado.

—

Por halagar al público, yo mismo
compuse una tirana, muy salada,
contra el vil y asqueroso absolutismo.
Y ¡vamos! no te quiero decir nada,
pero aquello fué el caos, el fanatismo.

—

«¡Que la cante otra vez! ¡Sí, que la cante!»
gritó el público en masa, ansiando oirla.
Y como si no fuese ya bastante,
Fenisa tuvo, al fin, que repetirla,
entre una ovación loca, delirante.

—

Pero ahora es cuando viene lo peor.
Apenas la acababa de cantar
supe, con gran sorpresa, que al autor
y á la actriz, de orden del corregidor,
les iban, por traidores, á apresar.

—

Yo medité con calma y vi la cosa
muy negra y, presintiendo un disparate,
dije á Fenisa: «Mi querida esposa,
hay que huir», y liamos el petate
y pusimos los pies en polvorosa.

—

Mi idea era llegar á Gibraltar,
buscando en los ingleses protección;
pero ¡cómo podríamos llegar,
si alguaciles y espías, en legión,
no nos dejan vivir ni respirar!

—

Ahora, Almendro, tan sólo fío en ti.
¡Apiádate, por Dios, apiádate,

pues si no nos ocultas ahora aquí,
hoy mismo, por tu culpa, á ésta y á mí
nos dejan para sopa de purée!

—

ALMEN. Quedaos con mil amores.
ERN. Almendro, ¡Dios te lo premie!
ALMEN. Lo peor de todo es que en Málaga
el conde de Monteverde
es corregidor.
ERN. ¿Y qué?
ALMEN. Que es absolutista terne
y no ve por otros ojos
que los del mariscal, jefe
de los cien mil de Angulema.
FENISA. ¡Madre santa!
ERN. ¡Rechupete!
ALMEN. Y si os descubre os fusila.
ERN. ¡Nos fusila!
FENISA. ¡Pero crees
que ese bárbaro se atreva
á fusilarme á mí!...
ALMEN. ¡Puede!
Y que como de traición
el delito consideren,
os fusilan por la espalda;
es cosa de un periquete.
ERN. ¡Por la espalda! ¡Ni el consuelo
de verlas venir de frente!
ALMEN. Por cierto que hace muy poco
que creó, según parece
para perseguir traidores,
un cuerpo de cien agentes
cuya jefatura espléndida
está vacante.
ERN. Y aun puede
que haya hombre tan miserable
que ese indigno puesto acepte.
ALMEN. ¡Que si los hay! Por docenas.
Pero el conde es viejo verde
para quien no valen más
influencias que mujeres
bonitas ó hijas graciosas
ó hermanas muy complacientes.

FENISA. ¡Sardanápalo!
ERN. Busquemos
escondite por si vienen.
ALMEN. Por el momento hay dos.
ERN. ¿Dos?
Con uno basta
FENISA. Corriente.
¿Y cuáles son?
ALMEN. (Señalando á la izquierda segundo.) El granero
y la bodega, el que ustedes
digan.
ERN. Elige, Fenisa.
Arriba ó abajo. Pende
de ello la seguridad
de los dos. ¿Tú qué prefieres?
FENISA. Yo no me encierro.
ERN. ¿Que no?
¿Prefieres que te escabechen?
FENISA. Me disfrazo de sirvienta
si Almendro me lo concede.
Tú ocúltate en la bodega.
ERN. No; es mejor...
FENISA. Pronto, que viene
la policía.
ERN. ¡Demonio!
ALMEN. ¡Por aquí! (Abre la trampa de la bodega.)
ERN. ¡Si esto parece
la boca de un lobo!
ALMEN. Vamos.
ERN. Ya bajo inmediatamente.
Ahora, si no nos encuentran,
¡qué gran golpe!
FENISA. (Desde el foro.) ¡Que ya vienen!
ERN. (Cae dentro.) ¡Ay!
FENISA. ¿Qué es eso?
ALMEN. (Cerrando la trampa.) Es... el gran golpe.
Por muy poco nos sorprenden.
FENISA. Si ha sido invención.
ALMEN. ¡Canario!
FENISA. Si no, no baja en dos meses.
Ahora yo.
ALMEN. (Señalando primera izquierda.) Pasad. (Gritado.)
¡Gabinaaa!

Sirvela en cuanto pretende
á esta señora.

FENISA. Mil gracias. (Mutis.)

ALMEN. ¡Ay, señor, cuántos belenes!

ESCENA III

ALMENDRO; después ENRIQUETA y ALFREDO en traje de viaje, con maletas. Ella se cubre con un guardapolvo y pamela.

ALMEN. Ahora á esperar el correo.
¡Parece que hoy se retrasa!

ENRIQ. Alfredo. vengo rendida.

ALF. Vamos, siéntate y descansa.
¿Es usted el posadero?

ALMEN. Servidor, pero... me extraña...
¿No han venido en diligencia?

ALF. En diligencia.

ALMEN. ¡Recáscaras!
¿No han volcado ustedes?

ALF. No,
y por casualidad rara,
pues venían los caballos
á carrera desbocada.
Yo, temiéndome un percance,
le he obligado á que parara
antes de llegar aquí,
y nos apeamos.

ALMEN. ¡Vaya!

ALF. ¿Y qué tienen preparado?

ALMEN. Pues... vendajes, hilas, árnica.

ALF. ¿Y qué almorzamos?

ALMEN. Ustedes
lo sabrán.

ENRIQ. ¿Qué?

ALF. ¡Cosa extraña!

ALMEN. Digan qué se les ofrece.

ALF. Por de pronto, alguna estancia
donde mi mujer descanse,
mientras yo, voy sin tardanza
á ver al corregidor
para pedirle una plaza.

ALMEN. (Aparte.) Y puede que la consiga,
porque la mujer es guapa.

ALF. Después, nos sirve el almuerzo.

ALMEN. A sus órdenes.

ALF. Y tú, anda,
quítate abrigo y pamela
y ordena; estás en tu casa.
(Enriqueta se ha quitado ambas prendas, dejándolas en escena en cualquier silla.)

ALMEN. Usted lo ha dicho.

ALF. ¿Y cuál es
la habitación designada?

ALMEN. Aquélla. (Primera derecha.)

ALF. Pasa á arreglarte.
Yo voy á ver si se ablanda
el corregidor y logro
mi objeto. (A Almendro.) ¿Será hora mala?
¿Sabe usted si está en palacio?

ALMEN. Hoy tiene audiencia.

ENRIQ. Si tardas,
puede alguno adelantarse...

ALF. Y sería una gran lástima.
Voy á cepillarme un poco.
(A Almendro.) Lo dicho.

ALMEN. Ustedes me mandan.
(Hacen mutis primero derecha Enriqueta y Alfredo.)
¡A preparar el almuerzo!
¡Quiera Dios que bien nos salga!
¡Gabina, enciende la lumbre
(A la primera izquierda.)
en la hornilla! ¡Va á ser mala
la obra que tendrá que hacer
quitándole telarañas!
(Se quita mandil y gorro y los deja sobre una mesa. Al hacer mutis por el foro con el sombrero puesto y una cesta que ha cogido dice:)
Vamos á por el almuerzo..
dado el caso de que le haya. (Mutis.)

ESCENA IV

ERNESTO, saliendo de su escondite. Primero saca la cabeza con grandes precauciones.

¡Vaya! ¡Que ya estoy cansado
de vivir en las tinieblas
entre ratones y ratas
y hasta alguna corredera!
(Gritando, afónico.)
¡Fenisa! ¡Almendro! No hay nadie.
Pues así se hunda la tierra
y caigan chuzos de punta,
ya no vuelvo á la bodega.
¡Si yo tuviese un disfraz!
¡Ah! ¿Qué miro? Aquí hay dos prendas:
el gorro y mandil de Almendro.
¡Almendro es mi providencia!
¡Y aún criticaba Fenisa
que yo la pregunta hiciera
al chiquillo! ¡Pues de poco
nos ha servido el hacerla!
(Se pone un mandil y gorro.)
¡Ay, qué guapo debo estar!
Ahora, si vienen, que vengan.
(Mutis por el segundo derecha.)

ESCENA V

FENISA, disfrazada de criada del mesón, sale batiendo huevos en una fuente. Canta la primera parte del número sola, con ligereza y gracia.

Música.

FENISA. Bate, bate, bate,
bate bien la clara,
hasta que se ponga
como nieve blanca.
Bate, cocinera,
que mi corazón
sigue el movimiento
de tu batidor.

—

La yema entre mis manos
convierto en monte de oro,
la clara vuelvo plata.
¡Ya tengo aquí un tesoro!
Batiendo crece, crece,
igual que la ilusión
que impulsan los latidos
de nuestro corazón.

—

Bate, bate, bate,
bate, cocinera,
bate, bate, bate,
bate bien la yema.
Bate, bate, bate,
que tu batidor
va contando los latidos
que da el corazón.

ESCENA VI

Dicha; un ALGUACIL y coro de Alguaciles.

Música.

CORO. Despacito, cuidadito,
estad todos vigilantes;
es preciso, con astucia,
prender á esos comediantes
que al rey llaman «narizotas».
¡Ay, Jesús, qué palabrotas!
Por pedir Constitución
no hallarán nunca perdón.

ALG. Son muy peligrosos
y hay que olfatear,
pues si no, de fijo
se van á escapar
y nos dejarían
con esa evasión

CORO. Con un palmo de narices
como el rey nuestro señor.
Son muy peligrosos
y hay que olfatear,

somos unos linces
para vigilar.
Pues aunque intentasen
cualquier evasión,
no se escaparían,
lo aseguro yo.

FENISA. (Aparte.) Si nos descubren
nos prenderán.
Es preciso tener
serenidad.

ALG. (Á Fenisa.) Fámula, doméstica,
dinos si aquí entró
una comedianta
ó un maldito actor.

FENISA. Yo nada sé, yo nada vi;
desde que entré, nadie entró aquí.

ALG ¿Como te llamas?

FENISA. Antonia.

ALG. ¡Ya!
¿Y qué apellido?

FENISA. Yo... no sé más.

ALG. ¿Eres de Málaga?

FENISA. ¿Yo?... No, señor.

ALG. ¿Pues de dónde eres?

FENISA. Soy de Aragón.

CORO. ¡Es de Aragón!

FENISA. ¡Qué situación!
Yo nací una tarde en Aragón
y cuando nací, en vez de llorar,
reía y reía
llena de alegría
porque una jotica oí cantar.
Luego junto al Ebro me crié
y en sus aguas turbias aprendí
una cancioncica
muy cuca y bonica
que decía así.
«Hasta San Pedro querría
volver al mundo de nuevo
pa nacer en Zaragoza
y ver cómo corre el Ebro.»

—

Mi madre del alma, al yo nacer,
al cielo á contarlo se marchó
y ya sin su guía
¡pobre madre mía!
solica en el mundo quedé yo.
Pero el que ha nacido en Aragón
todo sufrimiento ha de olvidar,
pues la madrecica
de toda mañica
está en el Pilar.
«La jotica aragonesa
tiene quejas y rugidos;
las lágrimas de las madres
y los besos de los hijos.»
Que la jota es canto pasional
del alma briosa de Aragón,
y penas levanta
si es que alguien la canta
con el corazón.
Con todo lo dicho,
ya comprenderán
que soy baturrica,
pero de verdad.
No cabe dudarlo,
nació en Aragón,
pues canta la jota
con el corazón.
(Indicando el mutis.) Vigilemos avizores
por caminos y senderos;
hoy caerán en nuestras manos
esos dos, vivos ó muertos.
¡Chitón! ¡Chitón!
No dejemos nunca
la feroz persecución.

FENISA. ¡Chitón! ¡Chitón!
Marchan engañados.
¡Me salvé de su furor!

CORO. Astucia y cautela.
No se escapan, no señor.
¡Chitón! ¡Chitón!
¡Chitón! ¡Chitón! (Mutis por el foro.)

ESCENA VII

FENISA; después ALFREDO por la primera derecha.

Hablado.

FENISA. Recobremos nuestra calma;
se marchan tan satisfechos
y no volverán, de fijo.
ALF. ¡Ea! No perdamos tiempo,
no haga el demonio que puedan
dar á otro la plaza.
FENISA. (Al oirle salir.) Almendro,
díme, ¿qué tal te parece
mi disfraz?
ALF. (Asombrado.) ¿Disfraz? ¿Qué es esto?
FENISA. (Al verle.) ¡Dios mío!
ALF. Calle... Si yo...
conozco... ¡Fenisa! (Reconociéndola.)
FENISA. ¡Alfredo! (Idem.)
ALF. ¿Pero usted en ese traje,
Fenisa? ¿Dónde está Ernesto?
FENISA. Está encerrado, escondido,
porque venimos huyendo
por cantar una tirana
contra don Fernando séptimo.
ALF. ¿Contra el rey?
FENISA. Sí.
ALF. Yo he venido
en busca del nombramiento
de jefe de policía.
FENISA. (Con espanto.) ¡Somos perdidos!
ALF. No acierto
por qué causa.
FENISA. ¿Y un patriota
como vos va á aceptar eso?
ALF. Fenisa, para triunfar
es preciso buscar medios.
Si se trata de servir
la noble causa del pueblo
español; si es por la patria,
á la que todos debemos
vida y honra; si es por ese

trapo que flamea al viento;
si es por el honor, Fenisa,
todos los medios son buenos.

FENISA. Sabía que siempre fuisteis
un patriota verdadero;
pero... ¿Tenéis esperanzas?

ALF. ¿Esperanzas? Muchas tengo.

FENISA. Entonces...

ALF. Si lo consigo,
sois libres.

FENISA. Gracias, Alfredo.

ALF. Voy á ver á Monteverde.
Esperad, pronto saldremos
de dudas.

FENISA. Dios os ayude.

ALF. Confiado en él, espero.
(Mutis foro Alfredo.)

ESCENA VIII

FENISA

Nada podrá conseguir
porque, según dice Almendro,
Monteverde nunca mira
recomendación ni mérito.
Sólo escucha á las mujeres...
¡Si fuese yo!... Pero Ernesto
¿qué diría?... Verdad es
que no hallo peligro en ello.
El conde es viejo machucho
y yo sabría tenerlo
á raya. Todo es cuestión
de fingirle un amor tierno.
¡Una comedia! ¿Y no soy
actriz capaz de hacer eso?
Me decido. Sólo falta
un traje... Aquí hay un sombrero
y un abrigo. ¿De quién son?
(Por los que dejó Enriqueta. Se los pone.)
No importa. Ya dijo Alfredo:

«Si el fin es salvar la patria,
todos los medios son buenos».
¡Vamos! ¡A escena, Fenisa!
¡Hoy será tu mayor éxito!
(Sale por el foro.)

ESCENA IX

ERNESTO sale lleno de temor con el gorro y mandil puestos.

Me pareció sentir pasos
y hasta voces descompuestas.
¡Si será quo hayan venido
á prendernos! Si pudiera
hablar con alguien...
¡Dios mío,
por qué me ocurrió la idea
de escribir la tal canción,
causa de todas mis penas!
¡Ahora sí que va á ser firme
mi propósito de enmienda!
¡Demonio! Una señorita.
Y es guapa... ¡Digo!... ¡Y se acerca!

ESCENA X

Dicho y ENRIQUETA por la primera derecha.

ENR. ¡Cocinero!
ERN. Servidor.
ENR. ¿Estará pronto el almuerzo?
ERN. ¡El almuerzo! (Con alegría.) Pues... está
en seguida. ¡Ya lo creo!
ENR. ¿Es usted quien guisa?
ERN. ¿Yo?
Sí .. cuando no está el maestro.
ENR. ¿Será usted pinche?
ERN. Eso mismo.
Y no hay para mí secretos
en la cocina, ni plato

que no haga yo en un momento.

ENR. ¿De modo que usted...?

ERN. (Con gran frescura.) Señora,
que guiso mejor que Almendro.

ESCENA XI

Dichos y ALMENDRO por el foro.

ALMEN. ¿Quién guisa mejor que yo?

ERN. Yo... (Avergonzado.)

ALMEN. ¿Tú? ¡Cuánto lo celebro!

ERN. Si es que...

ALMEN. (Dándole la que trae.) Toma esta cestita
y anda á guisar el almuerzo.

ERN. Pero si...

ENR. Yo os lo suplico.

ALMEN. Pero hombre, ¿no estás oyendo?

ERN. Si es que yo no sé guisar.

ENR. Eso sí que no lo creo.

ALMEN. (Bajo á Ernesto.) O entra usted en la cocina
ó descubro su secreto.

ERN. ¡Pero hombre!

ALMEN. ¡Ni una palabra!

ERN. (Aparte.) Nada. Que hoy guiso. Lo siento
porque es un cargo oneroso,
¡pero si no hay más remedio! ..
¡Morir ó guisar! No hay duda.
¡Anda á la cocina, Ernesto!
(Sale con paso digno y lento por la primera izquierda.)

ESCENA XII

ALMENDRO y ENRIQUETA; después ALFREDO.

ENR. ¿No quiere guisar el pinche?

ALMEN. Es un chico muy modesto.
¿El señor no ha vuelto aún?

ENR. No, todavía no ha vuelto.

ALMEN. ¿Me manda algo la señora?

ENR. Nada.

ALMEN. (Que ha ido hacia el fondo.)
Hacia aquí según veo
viene su esposo.

ALF. (Entrando.) Enriqueta...

ENR. ¿Has conseguido tu objeto?

ALF. ¡Qué he de conseguir! El conde
es un mamarracho, un viejo
ridículo y casquivano,
un sátiro...

ENR. No comprendo...

ALF. Se ha negado á recibirme.
Y al anunciarlo, el portero
me dijo guiñando un ojo
con malicia y con misterio:
Es inútil que pretenda
ver al conde, caballero;
si trae aquí á su señora,
puede que logre más éxito.

ALMEN. (Aparte.) ¿Eh? ¿Qué tal?

ALF. Me he contenido
por un milagro del cielo.

ENR. No te preocupes. Despréciale.

ALF. Es que ahora, además, lo siento
por...

ENR. ¿Por quién?

ALF. Dos infelices
comediantes que incurrieron
en delito de traición.

ENR. ¿Y qué vas á hacer por ellos?

ALF. Al lograr la jefatura
me hubieran sobrado medios,
pero ahora...

ALMEN. (Muy apurado.) Ahora los fusilan
y á mí también, por ser necio
y ablandarme y recogerles
y ocultarles, como lo he hecho.

ALF. Puede que pierdan la pista
que han seguido los sabuesos.

ALMEN. (Mirando al foro.) No, señor. ¡Ya están aquí!

ENR. ¡Dios santo, tiemblo de miedo!

ALMEN. ¡San Cosme, San Pedro mártir
y San Juan Nepomuceno!

Si me sacáis de este apuro,
yo con el alma os prometo
no llevar de más jamás
en su cuenta á los viajeros.

ESCENA XIII

Dichos y un ALGUACIL; después FENISA.

ALG. ¡Abran paso á la justicia.
ALMEN. (Temblando.) Pase usía y diga luego
lo tenga que decir,
que á servirle estoy dispuesto.
ALG. ¿Se albergan en la posada
dos comediantes que huyendo
vienen?
ALMEN. Yo, señor, lo ignoro.
ALG. Es posible que sean éstos.
(Por Alfredo y Enriqueta.)
¿Cómo os llamáis?
ALF. (Aparte á Enriqueta.) No lo digas.
ALG. ¿No respondéis?
ERN. (Sale con platos sin ver á los alguaciles.)
Oye, Almendro.
Al guisado de tomates
¿se le puede echar?... ¡Qué veo!
(Deja caer los platos lleno de terror.)
¡Alguaciles! ¡Ay de mí!
ALG. ¿Oísteis lo que hace un momento
os pregunté? Vuestros nombres.
(Pausa.) ¿No contestáis? Pues daos presos.
FENISA. (Entra por el foro, desde donde escucha momentos antes.) No, porque para impedirlo
traigo yo este nombramiento.
(Á Alfredo, dándoselo.)
Tomad. Ya sois jefe suyo.
ALMEN. (Aparte.) ¡Pero si parece un sueño! (Lleno de alegría.)
ALF. ¿Pero es posible, Fenisa,
que hayáis conseguido?...
ERN. (Que cae en la cuenta.) ¡Cuerno!
¡El conde es un viejo verde

y mi mujer ha ido á verlo!
¡Y ha conseguido!... ¡Ay, señores,
yo me muero!... ¡Yo me muero!

ALF. (Á los alguaciles, después de leer el pliego.)
El conde de Monteverde,
mi señor y señor vuestro,
jefe de la policía
me nombra.

ALG. Acato y respeto
lo dispuesto por el conde,
y á sus órdenes me ofrezco;
pero hay en esta posada
otras gentes, y yo debo...
¿Esta señora? (Por Fenisa.)

ALF. Es doncella
de mi esposa.

ERN. Y yo doncello,
es decir, soy el criado
de mi señor. (Por Alfredo.)

ALF. Es muy cierto.

ALG. Entonces, nos retiramos. (Salen.)

ERN. ¡Ya era hora, mas que murciélagos!

FENISA. Nos salvamos.

ALMEN. Me he salvado.

ALF. Fenisa. (Estrecha su mano.)

FENISA. Gracias, Alfredo.

ERN. (Aparte á Fenisa.) ¿Pero quieres explicarme
la clave de este misterio?

FENISA. Ya te lo diré... ¡Celoso!

ERN. ¿Celoso yo? ¡Dios eterno!

ALMEN. ¡Hemos salvado la piel!

ERN. Pero yo no sé á qué precio,
que esto huele á chamusquina
ó como quien dice á... eso.

TELÓN DE CUADRO

Intermedio musical.

CUADRO SEGUNDO

Salón, en casa de Alfredo, lujoso y profusamente iluminado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen, sentados en un diván, ALFREDO y ENRIQUETA; detrás, de pie, FENISA, figurando ser doncella. Algunas parejas de damas y petrimetres bailan ceremoniosamente una gavota. El resto del coro canta.

Música.

FENISA. Todos ríen y gozan de la vida;
sola yo, en mi disfraz oscurecida,
triste suspiro cuando los miro;
porque ellos tienen una ilusión,
mientras errantes los comediantes
son perseguidos por su canción.

CORO. ¡Magnífico sarao!
¡Espléndida mansión!
(Bailan.) Bailar me hace feliz,
si bailo con mi amor
marcando así el compás,
con elegancia y distinción.
El baile es un placer,
de encanto seductor;
el baile es ilusión,
y hace perder
los cándidos temores
del amor.

FENISA. Gozad, gozad,
dichosos del placer;
reíd, reíd,
radiantes de ilusión.

En tanto yo
mi llanto he de beber,
callando así
mi pena y mi aflicción.
CORO. ¡Qué esplendidez!
¡Qué distinción!
Es un sarao
encantador.

ESCENA II

Dichos y ERNESTO por el foro, sofocado.

Hablado.

ERN. ¡Novedades! ¡Novedades!
¡Qué honor para usted, Alfredo!
El señor corregidor,
en persona, viene á verlo.
FENISA. ¿El corregidor? ¿Qué dices?
ERN. Pues que entra en este momento
en el portal de la casa
Monteverde.
FENISA. ¡Santo cielo!
ERN. Yo me voy á recibirle
con el debido respeto.
(Sale por el foro.)
(Todo el final de esta escena en disimulados apartes.)
FENISA. ¡Esto sólo nos faltaba!
ALF. ¡Dios mío! ¡Qué contratiempo!
FENISA. ¿Y quién iba á figurarse...?
ALF. Ahora, todo descubierto
quedará. ¡Somos perdidos!
FENISA. ¡Aún no!
ALF. ¿Tenéis algún medio?
FENISA. ¡Quien sabe!
ALF. (Que ha ido al foro.) ¡Ya están aquí!
FENISA. Ocultarme es lo primero.
Después...
ALF. ¿Habéis pensado algo?
FENISA. Eso, luego lo veremos.
(Sale rápidamente por la izquierda.)
(Enriqueta que ha estado atendiendo á los invitados, hace mutis por la derecha.)

ESCENA III

ALFREDO, MONTEVERDE, con bastón de mando, muy orgulloso y altivo; oficiales de escolta, damas, caballeros, etc.

Música.

CORO.
¡Honor, honor
al gran señor,
al ilustrísimo
corregidor...!
(Comentando entre ellos con adulación.)
¡Qué graciosa es su persona!
¡Qué talento natural!
¡Qué figura tan esbelta!
¡Qué apuesto es y qué marcial!

MONT.
De mis antepasados
soy digno decendiente.

CORO.
Es cosa que cualquiera
lo ve inmediatamente.

MONT.
Y con mis pergaminos
soy siempre consecuente.

CORO.
Y de sus pergaminos
cuidó divinamente.
Que en conservarlos
fué siempre fiel,
lo prueba que el más viejo
de todos ellos es.

ALF.
Este viejo maldito
nos viene á fastidiar;
si conoce á Fenisa
no sé que va á pasar.

CORO.
Es hombre de talento
y es hombre de energía,
es justo y es prudente
y es joven todavía.
Gallardo y distinguido,
apuesto y agraciado,
amable y cariñoso,
severo y reservado.
Galante con las damas,
chistoso y reñidor,
y ha dado muchas pruebas
de su audacia y su valor.

¡Gloria y honor
al gran señor,
al ilustrísimo
corregidor...!

Hablado.

MONT. ¡Súbditos condicionales,
si que también temporeros!
Os agradezco y aplaudo
este gran recibimiento,
que aunque era muy merecido
no deja de tener mérito.
Mas como con mi inmediato
inferior quiero en secreto
hablar por breves instantes...
¡retiraos al momento!
(Los invitados se inclinan y salen.)

ESCENA IV

MONTEVERDE y ALFREDO.

ALF. (Saludándole.) ¡Señor corregidor!
MONT. (Aparte.) ¿Y el ilustrísimo?
Se lo ha dejado el necio en el tintero.
(Alto.) Ya podemos hablar. ¿No me espera-
[bais?
ALF. Señor conde, es verdad; os lo confieso.
MONT. (Aparte.) También ahora se olvida el ilustrí-
[simo.
¡Qué afán de perder algo de respeto!
(Alto.) Si vine es por asuntos muy urgentes.
ALF. El que honréis esta casa os agradezco.
Es un nuevo favor que ya me obliga.
MONT. No hablemos más. Lo debe á su gran mérito.
Su mujer me juró que le tenía...
y yo á una mujer siempre la doy crédito.
ALF. Señor conde, esas frases me confunden.
MONT. (Aparte) Dale con apearme el tratamiento.
ALF. Estoy á vuestras órdenes.
MONT. Entonces

ordenad que me traigan al momento
un vaso de agua.

ALF. Al punto. Voy yo mismo.

MONT. Eso nunca jamás, ¡pues fuera bueno!

ALF. ¡Un vaso de agua para el señor conde!
(Gritando en una de las puertas.)

MONT. Conque... dígame usted, amigo Alfredo.
¿Está bien su señora?

ALF. ¿Mi señora?
Regular. (Aparte.) ¡Vamos! Ya pareció aquello.

MONT. Tengo vivos deseos de que salga,
sólo por ofrecerla mis respetos.

ALF. Pues es casi imposible.

MONT. ¿Por qué causa?

ALF. Porque salió de casa hace un momento.

MONT. La esperaré.

ALF. No vuelve en unos días.
Fué á ver á una amiguita de colegio
que está enferma la pobre... y á sus años,
ya ve usted, con setenta años y medio...

MONT. ¿Y á esa edad fué al colegio con su esposa?

ALF. No, si era la abuelita. (Aparte.) Yo me muero.

MONT. ¡Ah! ¡Vamos!

ALF. Son desgracias de la vida.
La muchacha dos meses en el lecho,
la madre dolorida, sollozante;
la abuela con noventa años y...

MONT. Bueno,
pero antes dijo usted que eran setenta.

ALF. Eso era antes

MONT. ¿Cómo antes? No comprendo.

ALF. Veinte años antes... pues está clarísimo.
(Aparte.) Si sigue preguntando yo reviento.

ESCENA V

Dichos y ERNESTO con servicio.

ERN. Aquí está el agua.

ALF. (Se la bebe.) Gracias.

MONT. Pero, amigo,
ese agua la he pedido yo hace un rato.

ALF. ¡Ay! Tiene usted razón; usted dispense.
Con esto de mi esposa...
MONT. (Aparte.) Está chiflado.
ALF. Benito, un vaso de agua.
ERN. Pues señor,
¿á qué Benito pedirá éste el vaso?
MONT. ¿Es criado de usted?
ALF. Sí, y de confianza.
(Llamándole.) ¡Benitoo! ¿Oyes, Benitooo?
MONT. ¡Recanario!
ERN. ¡¡Benitoooo!! (Como si llamase á otro.)
ALF. (Va hacia Ernesto.) ¿Pero no oyes, majadero?
ERN. (Aparte.) El Benito era yo. (Alto.) ¡Haber avi-
[sado!
MONT. ¿Eh?
ALF. No se lo decía; la confianza...
la... la... (Ernesto hace intención mutis.)
MONT. (Aparte) Ya no me choca lo del trato.
ERN. (Vuelve.) ¡Ah! La señora dijo que salía.
MONT. ¿La señora?
ALF. (Aparte.) ¡Animal!
MONT. Me alegro tanto,
porque será que esté mejor la enferma.
Ardo en deseos de ofrecerla... y ardo...
ERN. Voy por el vaso de agua (Mutis.)
MONT. Me parece
que debe ser muy listo este muchacho.
ALF. Es un atún y un necio.
MONT. ¿Sí?... Lo cierto
es que ya la señora ha regresado
Tengo vivos deseos...
ALF. Sí... ya ha dicho
el señor conde que arde...
ERN. (Saliendo.) ¡El agua!
MONT. (Bebe.) Tu amo
dice que eres muy torpe. Yo no creo...
ERN. Su ilustrísima me honra demasiado.
MONT. (Aparte.) Hombre, gracias á Dios que alguien
[se acuerda.
¡Cuando yo dije que era despejado!
(Alto.) Oye, vete á avisar á tu señora...
(Sale Ernesto.)
ALF. (Aparte.) ¡Ea! ¡Ya se acabó! ¡Yo no me aguanto!

(Alto) Señor conde, mi esposa, la que un día
fué á visitar á usted á su palacio,
no puede ahora salir porque...

FENISA. (Con traje de corte.) ¡Dios mío!
¡El señor conde aquí! ¡Qué honor tan alto!

ESCENA VI

Dichos, FENISA y ERNESTO.

MONT. Hermosa señora mía. (Adelantándose.)

ALF. (Aparte.) ¡Fenisa!

ERN. (Aparte.) ¡Mi mujer! ¡Cielos!

MONT. No sé cómo agradecer.

ALF. (Aparte á Fenisa.) Me ha salvado usted de [nuevo.

FENISA. (Aparte.) Cuidad de que nadie advierta...

ALF. (A Monteverde. Alto.) Si permitís que un mo- [mento
vaya con los invitados.

MONT. Es un deber atenderlos.
Vaya usted, vaya en seguida,
que ya más tarde hablaremos.

ALF. (Aparte.) Voy á advertir á Enriqueta
que no salga. (Alto.) Pronto vuelvo.
(Mutis derecha.)

ESCENA VII

FENISA, CONDE DE MONTEVERDE y ERNESTO

FENISA. No ceso de agradeceros,
señor, el que hayáis venido.

MONT. Es un placer para mí.

ERN. (Aparte.) ¡Yo estoy en ascuas!

MONT. ¡Benito!

ERN. (Aparte.) ¡Es tener poca vergüenza!

MONT. ¡Benito!

ERN. ¿Otro vaso?

MONT. He visto
que tienes disposiciones
y por eso me decido
á nombrarte...

ERN. ¿Aguador?
MONT. No.
Te nombro mi favorito,
mi hombre de confianza, mi...
ERN. Sí, señor; ya lo he entendido.
(Aparte.) Monteverde se figura
que yo soy un zarandillo.
MONT. Este es un atrevimiento,
señora, que me permito,
en gracia á lo que os burlasteis
la única vez que he tenido
el honor de veros.
FENISA. (Aparte á Ernesto.) ¿Oyes?
¡Celoso!
ERN. (Aparte.) ¡Me tranquilizo!
FENISA. ¿Burlarme yo, señor conde?
MONT. ¿Tanto respeto os inspiro?
Pues perdedme ya el respeto
y eso ganará el cariño.
FENISA. Señor conde, que no estamos
solos.
MONT. Este es un buen chico.
(Á Ernesto.) Mira. Desde este momento
desempeñarás tu oficio.
Vigila, ¿sabes? Vigila.
Si ves venir al marido
de esta señora, al instante...
ERN. Traigo el agua.
MONT. No, hombre.
ERN. Aviso.
(Aparte.) ¡Bonito papel!
MONT. En cambio
de tu discreto servicio,
yo te prometo un empleo
con ascensos rapidísimos.
ERN. (Aparte.) Después de todo, ninguno
lo hará mejor que yo mismo.
Si fuese otro y se durmiese,
¡nos habíamos lucido!
MONT. Ya sabes, tras de esa puerta
oculto, con gran sigilo
vigilas.
ERN. Pues descuidad,

porque yo no me descuido. (Se oculta tras de la puerta.)

MONT. Ahora, mi bella traidora,
dejad que mi amor furtivo
os cante.

FENISA. Tenéis, señor,
un ingenio peregrino.

Música.

MONT. Como un loco, divina señora,
os amé desde el día en que os vi,
y mi pecho consume y devora
la pasión que sentí.

FENISA. ¡Ay, señor! Es verdad que estáis loco
al querer á mi honor sorprender.
Si me amáis, debéis ir poco á poco
para merecer.

MONT. (Entusiasmado.) Mi fortuna á tus pies he ren-[dido
y con ella me rindo á tus pies. (Se arrodilla y le coge la mano á Fenisa.)

ERN. (Saliendo escapado de su escondite.)
¡El marido! ¡Que viene el marido!

FENISA. ¡Jesús!

MONT. ¡Me he caído!

FENISA. Pues no.

MONT. No.

FENISA. }
MONT. } No es.

FENISA. Fué sólo un susto.

MONT. Mas ya pasó.

FENISA. Siga su curso
la procesión.

—

MONT (Volviendo á las andadas.) De un esposo, aunque [sea galante,
es opaco y sin luz el amor,
y mi amor es un sol rutilante,
sol abrasador.

FENISA. Cálmese una pasión tan traidora.
No se muestre en sus ansias cruel.

De mi esposo el amor me enamora
y sólo soy de él.

MONT. (Juego anterior.) A tus pies otra vez vé rendido
al galán más constante y más fiel.

ERN. (Saliendo.) ¡El marido! ¡Que viene el marido!

FENISA. ¡Jesús!

MONT. ¡Me he caído!

FENISA. Pues no.

MONT. No.

FENISA.
MONT. } No es.

MONT. Eres un necio
y juro á Dios
que has de dolerte
de mi furor.

LOS TRES JUNTOS

ERN. Yo soy paciente,
pero por Dios
que es muy violenta
la situación.

FENISA. Pobre vejete,
se fastidió.
Sueña á sus años
con loco amor.

MONT. El mozalbete
me fastidió,
porque hoy me siento
conquistador.

Hablado.

ERN. Ahora sí que es el marido.
¡Demonio! ¡Ahora sí que es él!

MONT. (Furioso.) ¡Benito, eres insufrible
y tu amo dijo muy bien!
¡Vete pronto de mi vista,
ó si no me harás perder
la paciencia.

ERN. Señor conde...

FENISA. Vamos, obedécele.

ERN. (Aparte.) ¿Obedecerle? ¡Un demonio!
¡Qué idea! Me esconderé. (Lo hace.)

MONT. Y ahora escuchadme, Enriqueta.
Debo cumplir un deber
de amistad con vos.

FENISA. Decidme...

MONT. No me lo perdonaréis.

FENISA. Hablad.

MONT. Vuestro esposo tiene
una amante.

FENISA. ¿Quién?

ERN. (Aparte.) ¿Yo?

MONT. Él.

FENISA. ¿Y dónde está?

MONT. Aquí.

FENISA. ¡Imposible!
(Súbitamente.) ¡El nombre de esa mujer!

MONT. Fenisa la comedianta.

ERN. (Aparte.) ¿Qué dice?

FENISA. No puede ser.

MONT. El barón de Campo Real,
amigo de quien no sé,
hace treinta años, me ha escrito
este volante. (Dándole un papel.) Leed.

FENISA. (Leyendo aparte.) ¡Que me conoce y que luego
vendrá á descubrirme! (Alto.) Bien.
Mil gracias por advertirme.
(Aparte.) ¡Dios mío, no sé qué hacer!
¡Ah! ¡Qué idea! Un fuerte ataque
de nervios simularé;
salgo y entonces... (Alto.) ¡Dios mío!
¡Infame! ¡Perjuro! ¡Infiel!
¡Yo me muero! (Hace que se desmaya.)

MONT. (Asustado.) ¡Amiga mía!
(Y se pone mala.) ¡A ver,
agua, pronto!

ERN. (Acercándose á Fenisa y bajo.) ¿Qué te pasa?

FENISA. (Aparte. Rápido.) Majadero, cállate.

MONT. ¡Agua! ¡Sales y vinagre!

ERN. ¡Una ensalada!

MONT. ¿Por qué
le habré dado la noticia
tan de golpe?

ERN. (Á Alfredo que sale.) ¡Venga usted!

ESCENA VIII

Dichos, ALFREDO y luego ENRIQUETA con traje de criada.

ALF. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?
MONT. Amigo Alfredo, un desmayo.
¿Puede venir la doncella
de la señora?
ENR. (Saliendo.) ¿Han llamado?
ALF. (Aparte.) ¡Enriqueta!
ENR. (Aparte.) Calla, tonto,
y que prosiga el engaño.
¿Ella es yo? Pues yo soy ella.
ALF. Así todos nos salvamos. (Aparte.)
MONT. Socorra á su señorita.
FENISA. Gracias. Me voy aliviando.
Permitid que me retire
para descansar un rato.
ALF. Te acompañaré. (Le ofrece el brazo.)
FENISA. (Seca. Rechazándolo.) Es inútil.
Benito, dame tú el brazo.
MONT. (Con gran regocijo y aparte.)
¡Está furiosa con él!
Pues... eso voy yo ganando.
FENISA. (Tierna.) Adiós, mi querido conde.
MONT. (Bajo á Fenisa.) ¿Puedo esperar?
FENISA. (Bajo á Monteverde.) ¡Hecho el trato!
Cuando cojáis á Fenisa
me tendréis á mí.
ERN. (Aparte.) Pues claro.
MONT. (Aparte.) La venganza me la entrega.
FENISA. Lo dicho. Os beso la mano.
MONT. Y yo beso vuestros pies.
(Aparte.) Es terreno conquistado.
(Salen Fenisa y Ernesto.)

ESCENA IX

CONDE DE MONTEVERDE, ALFREDO y ENRIQUETA.

ALF. (Á Enriqueta.) Ya puede usted retirarse.
ENR. Con su permiso. (Va á hacerlo.)
MONT. (Aparte.) ¡Caramba!

Es bonita la doncella.
(Alto.) Ven, acércate, muchacha.
¿Cómo te llamas?

ENR. Ruperta.

MONT. Bello nombre y linda cara.
(Á Alfredo.) ¡Sabe usted que me resulta
esta chiquilla muy guapa!

ALF. (Aparte.) ¡Que tenga yo que callarme!

MONT. Toma esta moneda para
que te compres unos dulces.
(Dándole una moneda.)

ENR. Señor conde, muchas gracias.
Dios le dé mucha salud.

ALF. (Aparte.) Mejor es que reventara.

MONT. ¿Sabe usted qué estoy pensando?

ALF. No lo adivino.

MONT. Pensaba
que en mi casa no hay doncella,
y casi estoy por que vaya
ésta á servirme.

ALF. (Aparte.) ¡Canario!
(Alto.) Ya veremos. Ruperta, anda,
que la señora está enferma
y es necesario cuidarla.

ENR. Voy, señor. (Hace mutis.)

MONT. (Que ha seguido con la vista á Enriqueta al mutis.)
¡Superiorísima!
¡No hay otra mejor en Málaga!

ESCENA X

CONDE DE MONTEVERDE y ALFREDO.

MONT. (Aparte.) Ruperta. No he de olvidarme...

ALF. (Aparte.) Respiro. Ya está Enriqueta
fuera de peligro.

MONT. Alfredo,
arreglemos nuestras cuentas.

ALF. Mandad, señor.

MONT. Es preciso
para dar gusto á Angulema,
perseguir á los que agitan

la nación en contra nuestra
Voy á dictar un edicto.
Escribid en esa mesa. (Alfredo se sienta junto á la que hay en escena y finge escribir.)

Música.

MONT. (Dictando.)
El ilustrísimo señor
corregidor,
en nombre de su majestad,
á la ciudad
Ordena y manda:
Que sin permiso autorizado
nadie se mueva, ni entre, ni salga,
mude de ropa, vista de luto,
beba ni coma, muera ni nazca.

—

Y si alguien osa transitar
por nuestras calles y plazuelas,
debe acostarse antes de dar
¡las doce y media!

—

Y aquel que falte
será juzgado como traidor,
pues lo firma y lo sella
vuestro ilustrísimo
corregidor.

—

ALF. ¿Que nadie nazca?
Pues lo mejor
es que prohiba
toda reunión.

MONT. El ilustrísimo señor
corregidor
en nombre de su majestad
á la ciudad
Ordena y manda:

—

Que nadie pida relaciones
sin ver si es huérfana su amada,
porque los suegros y las suegras
suelen traer mucha desgracia.

—

Y si alguien osa contraer
un matrimonio de esa suerte,
pues... lo tendrá que padecer
hasta la muerte.
Y aquel que falte,
etc., etc.

—

ALF. Que no se case
sin provisión
de matasuegras,
que es lo mejor.

ESCENA XI

Dichos y ERNESTO; después FENISA de viejo, con casaca, impertinente y peluca blanca; ENRIQUETA y coro general.

Hablado.

ERN. (Al conde.) Señor, para saludaros,
vuestra elevada licencia
demanda el señor barón
de Campo Real.
MONT. ¡Al fin llega!
Que pase al punto, que pase.
Además, decid que venga
para recibirle toda
mi escolta. (Sale Ernesto.)
ALF. ¿Qué orden es ésa?
MONT. Esto es cumplir un deber,
pero un deber de conciencia.
(Aparte.) Y aprovechar la venganza
de mi adorable Enriqueta.
ERN. (Anunciando.) ¡El señor barón! (Aparece en el umbral Fenisa, de viejo, seguida de oficiales, damas, etc.)
MONT. Ya estaba
con verdadera impaciencia
de veros, querido amigo. (Va á saludarle.)
FENISA. ¡Cuántas cosas me recuerda
el veros! ¡Ejem! ¡ejem! (Tose.)
Hace ya treinta años, treinta,
que no nos vemos.

MONT. Verdad.
FENISA. Mi buen conde, el tiempo vuela.
MONT. Cierto. (Aparte.) Está hecho una carraca.
¡Quién diría que antes era
de mi edad!
FENISA. (Risita.) ¡Je. je, je, je!
Cualquiera, al vernos, se piensa
que fuimos dos guapos mozos,
gallardos, de gran presencia,
que entre los guardias valonas
dimos muchísima guerra
allá en los tiempos felices
de Godoy, nuestro ex colega.
¡Qué aventuras! ¡Qué amoríos!
¡Qué de riñas y pendencias!
¡La alegría que se fué
con la juventud risueña!
Ahora somos ya dos viejos.
MONT. (Aparte.) Tú puede ser que los seas,
pero yo...
FENISA. ¡Cuántos recuerdos!
¡Cuántas ilusiones bellas!
¡Qué tiempos aquellos, Conde,
ya es imposible que vuelvan!
MONT. La manía de los viejos. (Aparte.)
(Alto.) Ya veo que se conserva
el buen humor.
FENISA. Y el reuma.
¡Je! ¡je! Las pícaras piernas.
MONT. Bueno; vamos al asunto.
Me dijo usted, en su esquela,
que reconoció á Fenisa.
FENISA. ¿La comedianta? Es muy bella,
y canta ¡je! ¡je! ¡qué voz!
MONT. ¿Vos la oisteis?
FENISA. Mucho.
MONT. ¿De veras?
FENISA. Pero ¿cuál es el delito
por que la persiguen?
MONT. Cuentan
que ha cantado una tirana
terrible.
FENISA. Puede que sea

la que cantaba en Sevilla.
MONT. Sí; precisamente es ésa.
¿La sabéis?
FENISA. (Como haciendo memoria.) Tal vez recuerde...
MONT. Desearía conocerla.
FENISA. El caso es... ¡Ay qué demonio!
No recuerdo cómo empieza.

Música.

MONT. Pues si podéis recordar,
os lo hemos de agradecer.
No es posible condenar
sin saber qué pueda ser.
FENISA. Tiene cosas espantosas
contra el rey nuestro señor.
MONT. Pues decidlas y sabremos
castigar al inventor.
ERN. (Aparte á Fenisa al oir lo del castigo.)
Oye tú, que no la cantes,
hija mía, haz el favor.
FENISA. A cantarla voy señores.
MONT. Atención.
CORO. Atención.

TIRANA

FENISA. ¡Ay tirana, tirana, tirana,
que esta cancioncita
se canta y se baila!
Tira-tirana, tira-tirana,
que se canta y se baila.
CORO. ¡Ay tirana, tirana, tirana,
que esta cancioncita
se canta y se baila!
etc., etc
FENISA. «La casa de la Moneda
se va á cerrar, según dicen,
porque al rey, en las pesetas,
no le caben las narices.»
¡Ay tirana, tirana, tirana,
Fernandito mío,
que nariz te gastas!

«Fernando tiene una flauta
y con ella nos gobierna,
que no nos toque la flauta,
porque la fl uta no suena.»
¡Ay tirana, tirana, tirana,
Fernandito mío,
no toques la flauta!
¡Ay tirana, tirana, tiré!
«Ese narizotas
cara de pastel.»

TODOS. «Ese narizotas
cara de pastel,
á blancos y á negros
nos quiere moler.»

(Repiten llevándose las manos á la cabeza como asustados.)

Hablado.

MONT. Y ahora decidme, Fenisa,
la autora de esa canción,
¿no está aquí? Pues designádmela.

ALF. (Aparte.) Si es ella.

FENISA. Tarde llegó
la justicia en este caso.

MONT. ¿Han huído?

FENISA. Sí, señor.
Sin duda, me olfatearon.

MONT. ¿Y hacia dónde?

FENISA. Sabe Dios.
Tal vez, camino de Cádiz.

MONT. ¿De Cádiz? ¡No haya perdón!
¡A caballo todo el mundo!
¿Venís? (Á Fenisa.)

FENISA. Me impide la tos
montar á caballo.

MONT. Entonces...

FENISA. Buena suerte.

MONT. (Á Alfredo.) Quedaos vos.
No os necesito. ¡Han huído!
Si los atrapo, barón,
he de hacer un escarmiento
de los de marca mayor.

ERN. ¿Los fusiláis?
MONT. Eso es poco
ERN (Aparte.) ¡Bárbaro!
MONT. Marchemos. ¡Oh!
¡Mil rayos! ¡Bombas! ¡Centellas!
(Sale Monteverde con el séquito. Queda el coro en escena haciendo comentarios entre sí.)
ERN. Menudo es el chaparrón.

ESCENA XII

FENISA, ERNESTO, ALFREDO, ENRIQUETA, después MONTEVERDE (Dentro.)

ALF. Se marchó.
ENR. El diablo le lleve.
FENISA. Vamos. ¿Qué tal me he portado?
ENR. Os admiro y os envidio.
ERN. Me dejaste turulato.
ALF. Ahora es preciso escapar.
FENISA. Escapemos.
ERN. (Echando á correr.) Escapados.
Voy á hartarme en la frontera
de cantar. ¡Vaya si canto!
(Cantando y bailando.)
¡Ay tirana, tirana, tirana!
Ese narizotas
cara de pastel.
MONT. (Dentro.) Cerrad bien todas las puertas
y guardadlas con cuidado,
no se escapen esos cómicos.
FENISA. ¿Ernesto?
ERN. (Afligidísimo.) ¡Que naufragamos
en la orilla!
ALF. ¡Esto es horrible!
ENR. ¡Somos perdidos, Dios santo!
ERN. Señores, el fin del mundo.
¡Dios nos coja confesados!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, MONTEVERDE, BARÓN y séquito:

MONT. Guardad todas las salidas.
ALF. ¡El señor conde! ¿Qué es esto?
MONT. Esto es que si me descuido
me la dais todos con queso.
Al ir yo á salir entraba
el barón, el verdadero
barón de Campo Real, que
con mucho gusto os presento.
ENR. (Aparte.) ¿Sí? Pues hombre, vaya un gusto.
MONT. Y ahora con calma veremos
si pueden esos disfraces
engañarme.
ALF. (Al barón.) ¡Caballero! (Amenazador)
BARÓN. He cumplido mi deber
y le seguiré cumpliendo.
FENISA. (Aparte.) Nos cogen.
ERN. (Aparte.) Y nos fusilad.
MONT. Voy á prenderla (Al barón.)
ERN. (Adelantándose.) Un momento.
Prendedme á mí, señor conde.
y de una vez acabemos.
MONT. ¿Tú? ¿Por qué?
ERN. Soy el autor
de ese cantar tan funesto.
MONT. ¡A los dos! ¡Cogí á los dos!
¡Oh, qué gran servicio presto!
Señora (A Enriqueta), usted es Fenisa;
el tener mucho talento
conmigo no la sirvió.
Soy un lince.
ERN. (Con guasa.) Ya lo creo.
ENR. ¿Yo...?
MONT. No neguéis; es inútil.
ERN Monteverde, estás metiendo
la pata.
FENISA. (Adelantándose.) Basta de embrollos.
Yo soy Fenisa.
MONT. (Atónito.) ¿Vos? ¡Cielos!
¡Agua!

ERN. (Aparte.) ¡Como no te seques!
ALF. Y yo, á su fuga dispuesto,
he sido un encubridor,
y me honro mucho con serlo,
pues nunca vendí mi brazo,
como vos, al extranjero
ENR. Y yo he ayudado á mi esposo.
MONT. ¡Qué escucho! ¡Rayos y truenos!
Vais á ser todos ahorcados.
BARÓN. Alto aquí. (A los otros.) Con gusto veo
que sois buenos españoles;
y que dais de heroísmo ejemplo.
Los franceses se retiran,
y Angulema, no queriendo
dejar de su estancia aquí
un tan odioso recuerdo,
ha otorgado una amnistía
en la que estáis todos puestos.
Además, su majestad,
que conoce bien el celo,
moralidad y justicia
que empleáis en el desempeño
del cargo, os releva de él.
(Todo esto á Monteverde.)
MONT. ¡Destituído!
ENR. Me alegro.
Aprende ahora á respetar
el noveno mandamiento.
(Al Barón.) ¿Y por qué no se ha callado
este señor por más tiempo?
BARÓN. Quise daros un buen susto.
ENR. (Con seguridad.) Váyase usted satisfecho.
BARÓN. (A Monteverde.) Yo soy quien os sustituye.
Ved las órdenes. (Se las muestra.)
MONT. Lo siento.
por la influencia que me daba
al lado del bello sexo.
En fin, tengo mis encantos.
ERN. Y los demás tienen fresno.
¿Quiere usté agua? (Á Monteverde.)
MONT. Sí, señor.
ERN. Que se la sirva su abuelo.
(Monteverde hace mutis, furioso.)

BARÓN. Y ahora á vos, bella Fenisa,
como favor os concedo
que cantéis esa tirana
con otra letra.

FENISA. Lo acepto
y uso de vuestro permiso.
Apunta otra letra, Ernesto.

Música.

FENISA. ¡Ay tirana, tirana, tirana, (Al público.)
aplaudan ustedes
á la comedianta!
¡Ay tirana, tirana, tiré,
que con toda mi alma
lo he de agradecer!

CORO. ¡Ay tirana, tirana, tiré,
con toda mi alma
lo agradeceré!

TELÓN

TIRANAS PARA REPETIR

Hoy es palabra de moda
la que con una M empieza,
como Marruecos y Maura,
Montero, Moret y... etcétera

—

Osma dejó el ministerio
para que entrase Bustillo,
y ahora van á conservarle
en espíritu de vino.

—

Yo no sé qué gracia tiene
el ministro de la *bola*,
que unos le escatiman bombos
y otros le regalan bombas.

—

Para que no ardan los *cines*
se hizo Lacierva bombero;
aún no ha enchufado la manga,
ya están *quemados* los dueños.

—

Los solidarios ahora
tienen izquierda y derecha,
pero me ha dicho un amigo
que cargan más á la izquierda.

—

Un pan debajo del brazo
dicen que trae cada hijo,
y si nacen en *la Granja*,
ese pan, es pan... de picos.

—

Para implantar en Marruecos
la policía española,
dicen que piensa Lacierva
mandar la de Barcelona.

—

Maura se fué á Barcelona,
pero me han dicho en secreto
que el objeto de su viaje
es mudarse de chaleco

—

Del voto corporativo
se ocupan mucho las cámaras;
yo los votaria á todos,
mas sería con *b* larga.

—

Ya no tenemos más *cines*,
porque temía Lacierva
que se incendiasen algunos
por tanto andar allí *á tientas*.

—

Del Dos de Mayo la patria
celebrará el centenario;
yo adornaría el programa
haciendo otro Dos de Mayo.

———————

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta.